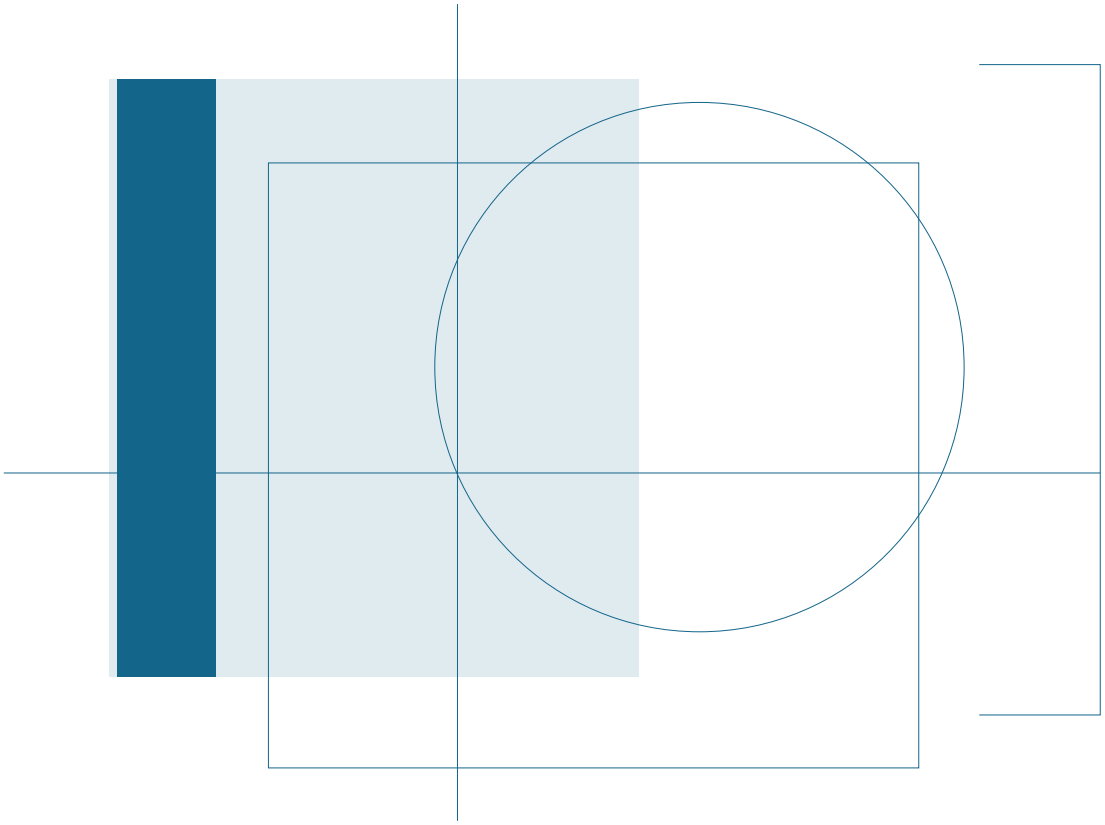
Jacques André

Temporalidad



Le Carnet PSY, 160, marzo de 2012 · pp. 35–37

Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo.

Temporalidad

Jacques André

Le Carnet PSY, 160, marzo de 2012 · pp. 35–37

Sigue siendo para mí un descubrimiento tan inesperado como privilegiado de la experiencia analítica con pacientes *borderline*: advertir, en contra de un kantismo ingenuo, que el tiempo no es un dato inmediato de la subjetividad. La temporalidad, las temporalidades, tienen una génesis psíquica, más o menos cumplida, más o menos lograda, a menudo fallida, esbozada, *a veces incluso no constituida*. La inscripción psíquica en el tiempo, la temporalización, no es algo dado; a lo sumo, es un resultado. Al afirmar la atemporalidad del inconsciente, Freud es el primero en abrir esta vía, subrayando que «el tiempo no es una forma necesaria de nuestro pensamiento». Pero, aunque deja al sistema percepción-conciencia la tarea de constituir nuestra representación del tiempo, no llega, sin embargo, a cuestionar la generalidad de una «conciencia íntima del tiempo» (Husserl).

La temporalidad es una forma empírica de la vida psíquica, sometida a los avatares de la experiencia en la variedad de sus aspectos y, ante todo, en su advenimiento. Sin duda hay que tomar aquí la precaución de establecer algunas distinciones. A través de los ciclos circadianos, el hombre-animal no ignora el tiempo biológico, conectado a su vez con el tiempo cósmico: está activo de día y duerme de noche, planta por Santa Catalina y no permanece sexualmente insensible al ascenso de la savia primaveral. Pero ese tiempo solo concierne al psicoanálisis cuando su programa se altera, se desajusta, cuando las agujas del reloj interno se descontrolan, como ocurre con el insomne que escribe toda su obra a las tres de la mañana —es la hora de Cioran y de *Del inconveniente de haber nacido*—, con el depresivo que ya no sale de debajo del edredón, o incluso con el neurótico a quien deprime la llegada de la primavera. La falta de inscripción psíquica en el tiempo tampoco significa una incapacidad para someterse al tiempo social. Para eso basta la agenda, verdadero yo auxiliar. Si Aurore, esa paciente de la que hablé extensamente en *Les désordres du temps* (Petite Bibliothèque de Psychanalyse, PUF, 2010), llega a la cita de la sesión siempre con un retraso mínimo, no es por falta de ajuste —aunque haya elegido para su reloj una esfera sin números—, sino precisamente para no correr el riesgo de una llegada in-esperada.

Para los pacientes para quienes se inventó el psicoanálisis, para ellos «pasado, presente y futuro están como ensartados en el cordón del deseo que los atraviesa» (Freud). El presente de la transferencia se abre, por un lado, a la rememoración de lo infantil y, por otro, a la espera, al deseo de cambio. Aurore

y los suyos se mueven en otra dimensión. Ninguno de los tres tiempos está completamente delineado. Evidentemente, no carece por completo de recuerdos, pero, con independencia de su escasez, los de la primera infancia están constituidos, la mayoría de las veces, por lo que le han contado; para otros, se reducen a unas pocas fotos. La ausencia de recuerdos de infancia nunca se debe a una falta de memoria, siempre a una *falta de historia*. El porvenir no está más construido que el pasado. Prever las vacaciones (la vacancia) extiende un velo blanco (*blank*) sobre todo el pensamiento. Del *proyecto* no tiene ninguna práctica, ni siquiera, propiamente hablando, la idea. Hasta el futuro inmediato resulta torpe de manejar. «Más tarde», cuando el análisis haya engendrado el tiempo, Aurore evocará las sesiones cambiadas de horario: «antes» tenía que anotarlas en su agenda apenas atravesaba la puerta, porque no podía retener la información; «ahora» ya no necesita anotar; por el contrario, eso se inscribe sin que consiga olvidarlo.

De los tres tiempos, la ausencia del presente es sin duda la más notable. El presente, *la presencia*, amenazó a Aurore desde la primera entrevista, acentuado por el cara a cara. Sin embargo, perder de vista al otro a quien había venido a ver, al acostarse en el diván, le permitió restablecerse: hablando sin interrupción desde el instante en que su cabeza tocaba el almohadón hasta el momento en que yo conseguía deslizar mi «bien, es la hora…», hablaba también para no decir nada, *decir nada*. Sin quedar reducido a la nada, el presente resultaba, pese a todo, neutralizado.

¿Cómo nace el tiempo cuando nace tardíamente? La experiencia de cada analista es inevitablemente limitada; Aurore no actualiza más que una figura entre otras posibles. Pero, antes de ser la cuestión singular de aquellos cuya vida no ha pasado por el desfiladero neurótico habitual, la construcción de la temporalidad es una cuestión general. Un indicio: los psicólogos del niño, desde Gesell y Piaget, han subrayado el dominio tardío de los marcadores deícticos y sintácticos del tiempo, cuando lo esencial del lenguaje ya está establecido. Con «ahora» eso sucede bastante rápido —«enseguida» incluso se comprende, se *exige*, antes de que se adquiera el lenguaje—, pero para «pronto» hay que esperar dos años; tres para «mañana» y «ayer». En cuanto a «más tarde», ¡eso queda para mucho más tarde! Se advierte: el «no», lo inter-dicho,[1] la constitución del principio de realidad son los vectores de esta génesis. Es el yo, escribe Freud, el que «instaura el ordenamiento temporal de los procesos psíquicos». La atemporalidad de los procesos primarios, del sistema inconsciente, impone la idea de que el tiempo solo puede producirse contra el lugar psíquico donde reina el principio de placer. Esto es aún más cierto cuando el inconsciente se convierte en *ello*.

[1] *Inter-dit* descompone *interdit* («prohibición», «prohibido») y hace oír lo dicho entre sujetos. (N. del T.)

La experiencia de Aurore invita, sin embargo, a pensar que el engendramiento de la temporalidad está lejos de limitarse a la apropiación subjetiva de la prohibición; algo que el «neurótico leal» apenas permite explorar. *El primer acontecimiento* en la cura de Aurore no consistió ni en una ocurrencia ni en una interpretación, sino en el encuentro inesperado con los límites del dispositivo. Comprendió, con viva sorpresa, que no tendría que pedir una cita el día de la vuelta, una vez pasadas las largas vacaciones. Sería a la misma hora del día, el mismo día de la semana. *La división* del tiempo, pasado-presente-futuro, tiene como requisito previo y condición psíquica la existencia de un *continuum*. En este punto, la contribución de Winnicott es decisiva: la continuidad de ser (-amado). Sin disponer de ese fondo, es imposible jugar al carretel, jugar a la ausencia, *jugar con* ella. Imposible jugar a pasado-futuro, a se-fue-volverá. La integración de la alternancia presencia-ausencia depende de la íntima certeza de una *continuity of being*. Lo contrario de «continuo» no es «discontinuo», sino imprevisible. «Mis casos más desesperados —escribe Winnicott— tuvieron madres que oscilaban entre la intromisión y la negligencia». Presencia-ausencia es una diferencia; su oposición abre a una dialéctica, a una simbolización. La «pareja» continuidad (de existencia)-imprevisibilidad es como la de la materia y la antimateria: solo desemboca en la destrucción de una por la otra.

El presente no es solamente *el primer tiempo*, es aquel por el cual el tiempo se abre, el tiempo primero. El presente… y el ausente, uno no va sin el otro. La cura de Aurore impuso rápidamente un contraste: el vacío de su presencia, la intensidad de su ausencia. Ella *dice nada*; en todo caso, hace todo lo posible por conseguirlo: palabras tomadas y retomadas, estiradas, vaciadas. Imposible, a posteriori, «contarme» la sesión. Ella no tiene recuerdos de infancia, yo no tengo recuerdos de sesión. Ella está ahí de otro modo cuando no viene. Aurore hizo el máximo uso de lo que permite el «pago de las sesiones perdidas». ¿Perdidas? La palabra no conviene. «Ausentadas» sería más justo. Dondequiera que esté a la hora de la sesión, experimenta un sentimiento indefinible, algo inactual. Sin excepción, nunca avisa; mi espera depende de ello. Más tarde, cuando estos actos hayan «accedido a la significación», podrá comentar: «Si aviso, la sesión no tiene lugar». De ausencia en ausencia, Aurore explora su aptitud para la supervivencia, *mi* aptitud para *su* supervivencia. Quizá sea en la *intranquilidad del Nebenmensch*[2] donde se abre la primera brecha constitutiva del tiempo —así como la continuidad de su investidura funda la continuidad de ser del recién nacido—. El primer «yo» es un otro, el primer tiempo también. *Ser o no ser*, según se sea *o no* esperado. Él (primero ella) me espera, luego existo.

En ese juego, el del psicoanálisis *in absentia*, claramente menos jubiloso que el del carretel, aunque no carezca de relación con él, el presente, de tan infrecuente, acaba por volverse *vivo*. La lengua dice la verdad cuando tiene una sola palabra

[2] *Nebenmensch*: el semejante, el otro humano próximo. Se conserva el término alemán que utiliza el autor. (N. del T.)

para decir «presente» y «presencia»; para el presente hacen falta dos, todo presente es interhumano, interpsíquico. El presente es una *coincidencia*, del ser y del tiempo. Solo la existencia psíquica de un «en presencia de» da al presente su eventual consistencia.

Jacques André
Profesor en la Universidad Paris Diderot,
Centro de Estudios en Psicopatología y
Psicoanálisis (CEFP), psicoanalista APF

INFORMACIÓN EDITORIAL

Edición y dirección de la colección
Nicolás Vallejo.

Fuente
Jacques André, «Temporalité», dossier «Actualités des états limites», *Le Carnet PSY*, 2012/2, n.º 160, marzo de 2012, pp. 35–37. Éditions Cazaubon. ISSN 1260-5921.

Referencia consignada en el original

Ejemplar utilizado

Alcance
Traducción íntegra de los ocho párrafos y de la firma y afiliación del autor. Páginas impresas 35–37; hojas 2–4 del PDF de cuatro hojas aportado. No hay notas, bibliografía final, resúmenes ni imágenes propias del artículo. Las referencias incluidas en el cuerpo se conservan.

Se excluyen la ficha de distribución, la publicidad, las marcas de descarga y el texto de artículos vecinos que la extracción del PDF devuelve pero que no pertenece a «Temporalité». El alcance se delimitó mediante las páginas visibles.

Circulación y uso
Material de circulación educativa, académica y cultural. Edición preparada para su utilización en seminarios, cursos y espacios de formación a cargo de Nicolás Vallejo. Distribución no comercial. Sin fines de lucro. Venta prohibida.

Derechos
Se reconocen los derechos de Jacques André, Éditions Cazaubon, los autores citados y demás titulares. Traducción propia de lectura, asistida por inteligencia artificial; no se presenta como traducción oficial o autorizada. La finalidad educativa y no comercial no sustituye las autorizaciones que puedan corresponder.

Criterio de traducción
Se conservan los juegos «in-esperada», «vacaciones (la vacancia)», «decir nada» y «ausentadas». Dos notas de traducción precisan *inter-dit* y *Nebenmensch*. Las citas se traducen desde el francés del ejemplar, sin atribuir cotejo con las obras citadas.

Se conserva la afirmación final sobre «una sola palabra» para «presente» y «presencia», aunque el propio francés distingue *présent* y *présence*. También se mantiene la sigla CEFP tal como figura en la firma original.

Cita sugerida

André, Jacques. «Temporalidad». *Restos · Cuadernos de lectura*, serie *El trabajo de la memoria*, 2026. Traducción de lectura del francés. Edición y dirección: Nicolás Vallejo. Original: «Temporalité», *Le Carnet PSY*, 2012/2, n.º 160, pp. 35–37.